

SERMON

PARA EL DIA

DE LOS SANTOS INOCENTES.

(DEL PÚLPITO ESPAÑOL.)

Surge, et accipe puerum et matrem ejus, et fuge in Ægyptum, et esto ibi usque dum dicam tibi.

Levántate y toma el niño y á su madre, y huye á Egipto, y estate allá hasta que yo te lo diga.

S. Mateo, c. 2. v. 13.

Los disgustos y los placeres, la alegría y la tristeza, y los bienes y males de esta vida forman una cadena tan difícil de romper, que muchas veces aquel que piensa disfrutar de un placer ó asegurar su dicha para siempre, promoviendo un acontecimiento que lisonjee sus pasiones, suele ser causa el mismo acontecimiento de que le vengan innumerables males, que llenando su vida de dolores le suman en una completa desesperacion.

Al contrario muchas ocasiones hay en que viniendo sobre uno infinitos males por inspiracion ó provocacion de los que le quieren mal, estos mismos males son el origen y el fundamento de una felicidad completa.

En ninguna situacion se demuestra con mas exactitud esta verdad que en la doctrina del Evangelio, y en el orden de justicia que nos enseña nuestro dogma religioso, cuando nos muestra un tribunal infalible y lleno de justicia en la otra vida, para deshacer las injusticias y agravios que se nos hacen en esta. Este dogma consolador es el sosten del desgraciado en las mayores tribulaciones; es el que rechazan con imprudencia

aquellos que quieren cimentar su dicha en la ruina y desolacion de los demas.

¿ Y qué consiguen con esto? Que ni en esta vida ni en la otra llegan á obtener la paz y los placeres que buscaban; porque es tal la condicion del corazon humano, que los deseos se multiplican en él en proporcion de la costumbre de satisfacerlos. Si el hombre nace pobre, desea ser rico; si es rico, ambiciona mandos y honores; si obtiene los mandos y honores, ambiciona el principado; si es el primero de todos en la nacion, ambiciona someter á los extranjeros; y si la impotencia le reduce á vivir solo en su reinado, el mas mínimo rumor de que exista otra persona que pretenda su puesto, le arroja en el camino de los crímenes y de los excesos mas inauditos.

Cualquiera diria al ver renacer los deseos en el corazon del hombre, que son como las semillas, que dan ciento por uno; pues apenas se siembra uno en la vida dándole satisfaccion, otros y otros nacen de él, sin que jamas tengan término ni se agoten.

¿ No habeis visto recientemente y en nuestros dias vivir un hombre, que naciendo de una condicion modesta llegó á mandar ejércitos, que despues mandó la nacion dueña de estos ejércitos, que echó su mano á la corona ensangrentada del último rey de ella, que pretendió hacer de la Europa un solo imperio, y que tras esto hubiera aspirado, cual otro Alejandro, á la monarquía del Universo? Si todos teneis noticia ó habeis conocido á Napoleon, y el término de su vida en un solitario peñasco, en medio de la inmensidad de los mares, es una prueba de que la cadena de nuestros dias está formada de eslabones compuestos de bienes y males.

En el suceso que la Iglesia celebra se demuestra muy eficazmente, que los bienes y males no están á la disposicion del hombre, y que los deseos del tirano y del ambicioso no se satisfacen solo con rendir á sus piés á los hombres ya formados, sino que se ceba y busca hasta la sangre de los inocentes recién nacidos.

Sí, católicos: hoy celebra nuestra santa iglesia el aniversario del suceso terrible, que sumiendo en el dolor y la consternacion al pueblo de Belen, hizo desaparecer en aquel punto la generacion contemporánea de nuestro señor Jesucristo.

¿ Seria la causa de este suceso el desear Dios llevar hácia sí

los niños que nacieron á la inmediacion de nuestro Redentor, con el objeto de que conociesen la gloria ántes que las miserias de la vida humana, ó seria para que viésemos en la tiranía y crueldad de Heródes la odiosa imágen del hombre ambicioso y soberbio, que por el celo de su principado se arrojó á un crimen, que podia considerarse deicidio, porque contra Dios dirigia las afiladas espadas de sus desapiadados soldados?

Las dos cosas nos quiere enseñar la iglesia hoy, encerrando dos puntos morales que yo trataré de explanar en mi discurso, cumpliendo la mision de que me hallo revestido.

Cuánto estimara conseguir con él la reforma de vuestro corazon, enseñándoos á apreciar todo lo que vale la inocencia, y el odio que merece la insaciable ambicion que no respeta ni aun á los inocentes recién nacidos, Tendria esperanza de alcanzar el objeto que me propongo, si Dios se dignase iluminar mi entendimiento, ofreciendo á mi lenguaje las palabras que mas impresion os causaran. Ayudadme, fieles, á impetrar del Todopoderoso los auxilios de su divina gracia, que tanto necesito: y para que lo podamos conseguir, postrémonos de rodillas é interpongamos por nuestra mediadora á la reina de los cielos su santísima Madre, y saludémosla con el ángel, diciendo: *Ave Maria.*

Habia pasado algun tiempo desde el nacimiento de Jesus: le habian ido á adorar los reyes Magos, excitando en Heródes la idea de descubrir al niño recién nacido para matarle; se habia verificado la entrada en Jerusalem de nuestro Redentor, cuando María fué á presentarle en el templo, y el Señor por medio de su ángel habia dicho á san José que tomase su familia y fuesen para Egipto hasta la muerte de Heródes, con el fin de evitar la muerte que este procuraba dar á Jesus.

Efectivamente, Heródes agitado por sus malos pensamientos desde que entraron los Magos en Jerusalem, y viendo que estos no volvian á darle razon del sitio donde estaba el rey de los judíos que habian venido á adorar, y que se aumentaban rumores de lo ocurrido en el templo con el anciano Simeon y la santa viuda, que reconocieron en Jesus al nuevo Salvador, sentia nacer en su corazon nueva ira y nuevo rencor contra él; y decidido á buscarle para matarle, concibió la horrorosa idea de

degollar á todos los niños de dos años que hubiera en el distrito de Belen, que era la ciudad de David.

Fijó sus iras sobre esta ciudad, porque en virtud de los informes del concilio de los sacerdotes y doctores, la ciudad de David, que era Belen, era el punto donde habia de nacer el Mesías, segun lo habian anunciado los profetas.

Calculado el tiempo que habia pasado desde la venida de los reyes Magos, y el que estos le habian manifestado que pasó desde la aparicion de la estrella, llegó á comprender, que entre los nacidos dos años ántes del decreto de muerte que iba á firmar, precisamente se habia de hallar el rey de los judíos, que él consideraba destinado á quitarle la corona real que poseía. Esta fué la causa de haber limitado la carnicería á los niños de esta edad; pues si él hubiera comprendido que podia hallarse entre los de una edad mas avanzada, se hubiera extendido mucho mas el inhumano y tiránico decreto de destruccion y muerte que habia firmado.

¡Pero cuán fallidos son los juicios de los hombres, sobre todo cuando tienen por objeto contrariar las miras de la divina Providencia! El niño que él buscaba ya no se hallaba dentro del término de sus dominios, porque cuando el ángel dijo á José: *Surge, et accipe puerum et matrem ejus, et fuge in Egyptum.* Levántate y toma el niño y á su madre, y huye á Egipto, como hombre prudente, y que aprecia los avisos que Dios se dignó hacerle por medio de sus enviados, sin temor á las tinieblas ni á las incomodidades de un viaje penoso, como tenia que ser el que hiciera con un niño de tierna edad y con una mujer, se puso al instante en camino y huyó del país natal, donde con tanto encarnizamiento se perseguia al niño Jesus á quien él adoraba.

La idea de que esto sucediera podia haber ocurrido á Heródes, y de este modo evitar la ejecucion del bárbaro decreto, que habia de sumir en luto y lloro á la ciudad de Belen; pero cuando la tiranía y la crueldad se apoderan del corazon de los hombres, les cierran el entendimiento á toda idea que pueda mitigar el ímpetu de sus iras. Así es que Heródes no escuchó mas consejo que el odio que encerraba su corazon contra Jesus, y determinó la ejecucion del bárbaro decreto.

Armado de él marchan sus soldados á Belen y principian á ejecutarlo. Se esparcen por la ciudad armados de sangrientas

cuchillas, y mostrando en su rostro amenazador la ira del tirano, cuyas órdenes iban á cumplir.

¡ Ah infelices madres, que semejantes á Raquel, esparcis el llanto por vuestros hijos y no os podeis consolar, segun dijo el profeta Jeremías (1). Reprimid vuestros llantos y vuestras lamentaciones, porque no servirá para utilidad del tirano la muerte de vuestros hijos, sino para ensalzamiento y gloria de los inocentes martirizados por causa de Jesucristo. Vuestros lamentos no libran, no, á vuestros infelices hijos de la muerte que decretan los tiranos como Heródes; porque estos cierran sus oídos al infeliz, y solo escuchan las palabras lisonjeras de los aduladores que les rodean, azuzándoles é instándoles á marchar por la carrera del crimen.

Bien demuestran esta verdad los acontecimientos que ocurrieron en Belen cuando se llevó á efecto la degollacion de los inocentes. El feroz soldado entraba en la casa de las infelices madres, persiguiéndolas para arrancarlas el fruto de sus entrañas hasta los últimos recintos, donde ya las era imposible evadirse de su persecucion. Entónces se trababa una lucha cruel: las madres defendiendo la vida de sus hijos, cual la leona defiende los cachorros que la quiere robar el cazador de los bosques africanos, se arrojaban á los soldados presentando su pecho y su cuello para hartarles de sangre, y evitar de este modo que llegasen á derramar la de sus propios hijos.

Para comprender toda la barbaridad y crueldad del mandato de Heródes, es preciso fijarse á considerar lo que es el amor de una madre, y el heroísmo y esfuerzo de que se reviste cuando trata de defender el hijo que abrigaron sus entrañas. Vosotras que me escuchais y habeis sentido ese amor puro y respetable con que contemplais el objeto inocente y gracioso del amor puro, calcularéis hasta dónde llegaria el esfuerzo de las habitadoras de la ciudad de David, cuando los fieros satélites de Heródes iban á destruir la existencia de sus queridos hijos.

La humanidad se estremece al pensar cómo una infeliz encorvada sobre el suelo guarece su hijo de los golpes que le amenazan, y vuelta la cabeza á su perseguidor con los ojos llenos de un aire asombrado y amenazador, le conjura que ántes destruirá su existencia que no llegar á herir al hijo que guare-

(1) Jerem. c. 31.

ce con su cuerpo. Pero el soldado brutal desprecia su llanto y sus gemidos, y aprovechando la fuerza de sus músculos y de sus nervios, agarra á la infeliz y la arroja por el duro suelo con una mano, y con la otra que empuña y enarbola una cuchilla ensangrentada, descarga un golpe sobre el infeliz infante, que apénas ha nacido pasa á ser presa de la muerte. Márchase el feroz ejecutor del decreto de Heródes, y al volver la madre en sí del brusco golpe que ha recibido, se arroja sobre su hijo, y no encuentra mas que su cuerpo mutilado.

Otra al ver venir hacia sí al soldado cruel, se aterra, cae de rodillas á sus piés, levanta sus manos suplicantes pidiendo la vida de su hijo: este inocente tambien, por una impulsión natural, levanta sus tiernas manos é implora gracia ante el soldado, que ahogando todo sentimiento de humanidad, coge con una mano las suplicantes de la tierna criatura, y con la otra descarga la cuchilla, que echa la cabeza sobre el cuerpo de la madre desmayada.

Otra lleno de rabia el corazon, desesperada ante la injusticia y la barbaridad mandada ejecutar por Heródes, se abalanza á los soldados, se echa sobre las armas ensangrentadas cortando sus propias manos, y defendiendo hasta el último trance la vida de su hijo, y solo cuando exánime ó muerta cae á sus piés, pueden los auxiliares del tirano llegar á consumir el horroroso crimen que se les habia encomendado.

¿ Pero á dónde iria á parar si fuese á describir todas las escenas de horror y de desolacion que produjo la crueldad del feroz Heródes en el distrito de Belen, cuando fueron degollados los inocentes contemporáneos de la infancia de nuestro señor Jesucristo? Con solo pensar el objeto y la injusticia de la degollacion mandada hacer por Heródes en los santos Inocentes, se comprende fácilmente que todos los horrores que afligen á la humanidad serian sus consecuencias. Pero reprimid vuestra voz de llanto, madres infelices, recordando que si habeis perdido vuestros hijos en la tierra, se hallan colocados en el cielo gozando de felicidad eterna.

El tirano no consiguió sus fines; y el mal que intentó causar á los inocentes, que degolló con su inhumano decreto, para él ha venido á resultar; porque vuestros hijos disfrutaban de una felicidad incomparable, y él sufre los castigos del bárbaro

atentado que hizo contra Dios, porque al Dios encarnado, al Verbo fué á quien buscaban los satélites de sus iras.

Conocido el hecho material que la iglesia celebra en el día de hoy, pasaremos á explicar los dos puntos morales que principalmente arroja de sí: uno es que no siempre son males las desgracias que nos suceden, y otro que no se asegura nuestra dicha buscando nuestra felicidad en la satisfaccion de los deseos ambiciosos. El primero lo vemos bien patente en la condicion inocente de los niños degollados, que sin crimen de ninguna especie sufrieron una muerte cruel; y el segundo en la vida agitada que tuvo Heródes despues de este hecho, llegando por el exceso de su celo de reinar á matar á su propio hijo Antípato, pocos dias ántes de morir.

La inocencia, amados oyentes míos, es tan agradable y acepta á Dios, que los niños y los que mueren en este estado, sin haber involuntariamente recibido el Bautismo, van al limbo y no sufren una condenacion, ni un cargo como espera á los malos cristianos, que habiendo destruído el pecado original con el Bautismo, han cometido nuevos pecados y desobediencias contra su Criador y Salvador.

Cuando extinguido el pecado original mueren en el estado de la inocencia los hombres, una vida feliz y bienaventuranza eterna les espera, porque Dios se complace en tener á su lado inocentes, como lo significó Jesucristo cuando llamando á un niño, le puso en medio de los apóstoles y dijo: de cierto os digo que si no os volviéseis y fuéseis como los niños, no entraréis en el reino de los cielos: así que cualquiera que se abajare á ser como este niño, ese será muy grande en el reino de los cielos. De este modo nos enseña Jesus lo agradable que es á Dios la inocencia, segun lo cuenta san Mateo en su Evangelio.

Tambien los hombres cuando quieren pintar lo que ellos llaman la edad de oro, ó el tiempo de su mayor felicidad, dicen que esta consistia en la inocencia que tenian todos los hombres, estando desterrados los malos efectos que despues fueron causa de que viniese la edad de hierro ó tiempos de destruccion, en que los hombres principiaron á perseguirse por medio de las guerras.

Siendo pues tan buena la inocencia en sí, y tan agradable á los ojos de Dios el que la posee ¿cuánto mérito no tendrá á

sus ojos el que en este estado padece por él la muerte que sufrieron los santos Inocentes?

Seguramente las víctimas sacrificadas por la ira de Heródes contrajeron muchos méritos á los ojos de Dios, y recibieron un bautismo de sangre que las hizo pasar á formar parte del coro de los ángeles y arcángeles; sirven de mucho en la comunidad de los fieles de la iglesia militante y triunfante, y ellas en la gloria habrán hallado, no solo la recompensa de la injusticia de que fueron víctimas, sino la que tienen los espíritus justos cuando pueden hacer bien ofreciendo sus méritos por los demás hombres.

Humanamente considerado el suplicio que sufrieron los santos Inocentes, es horroroso, cruel, y el corazon se resiste á la persuasion de que hayan existido hombres capaces de llevarlo á cabo; pero examinado en todo su resultado, el furor del tirano su perseguidor fué un instrumento de que Dios se sirvió para llevar hácia sí los inocentes contemporáneos del nacimiento de Jesucristo.

¿De cuántas miserias y de cuántos dolores no fueron libertados de sufrir en esta vida, además de los goces inefables que alcanzaron en la otra? La mayor parte de los hombres se ven en la precision de exclamar, ya un día, ya otro, ya por este, ya por aquel motivo, que fuera mejor no haber salido de la edad de la inocencia: en esta edad podrian separarse del mundo sin temor al juicio severo de las acciones que causan su desesperacion y les hacen invocar la muerte en el tiempo de su inocencia.

¿Cuánta mayor ventaja no tuvieron los niños inocentes, cuando además de morir en un estado tan agradable á Dios, consiguieron hacerlo por causa de Jesucristo, siendo envueltos en la persecucion que contra él se dirigia?

Los males que pensó causar Heródes, no llegaron á tener el resultado que él se propuso; pues que no consiguió la ruina de los mártires inocentes ni la muerte de Jesus, que José avisado por el ángel habia conducido á Egipto en compañía de su divina Madre: solo consiguió que las víctimas de su furor y de su tiranía subiesen al cielo, siendo recibidos con cánticos y saluciones.

Si el tirano consiguió sembrar de llanto el distrito de Belen, afligiendo á las miserables madres, que cual la Raquel citada por Jeremías, lloraban á sus hijos sin poderse consolar; *Voz*

in excelso audita est lamentationis, luctus et fletus Rachel plorantis filios suos, et nolentis consolari super eis, quia non sunt; tambien las madres deben consolarse, porque á ellas se extienden las palabras que á la misma Raquel dirigia el Señor diciéndola: « reprime tu voz de llanto, y tus ojos de las lágrimas; porque salario hay para tu obra y las lágrimas volverán á la tierra del enemigo: esperanza tambien hay para tu fin, y tus hijos volverán á su término (1).

Sí, madres desgraciadas, cesen vuestros gemidos y vuestros dolores, porque Dios los hará recaer sobre Heródes; y vuestros hijos, que él quiso destruir, tendrán al lado de Dios el término de sus penalidades y el premio de su martirio.

Cesad de llorar, porque el tirano que al firmar su decreto no solo atacó la existencia de vuestros inocentes hijos, sino que preparó una profunda herida á vuestro amante corazón, será herido y mortificado hasta por sus propios hijos.

Y vosotros, oyentes, si quereis participar de la gloria de los inocentes, volveos á su edad, como aconsejaba Jesucristo á los apóstoles, mudando vuestra vida y olvidando hasta la idea de vuestras antiguas faltas. En este estado conoceréis que los males no son todos los que nos causa el furor de nuestros enemigos; porque estos nunca pueden llegar al alma del inocente y del justo, que dispuesto á sufrir el martirio espera una vida eterna y llena de felicidad.

Al contrario, si conseguis colocaros en ese estado de gracia en que el hombre no teme mas que el pecado y la ofensa que puede hacer á Dios que le ha criado, vereis que ninguna clase de males existen para vosotros sin que sean origen de los beneficios que disfrutan en el cielo los santos Inocentes. Las mortificaciones que pueden atraer á vuestro cuerpo los mas encarnizados enemigos, serán el principio de una eterna felicidad.

Ahora os voy á demostrar el otro hecho moral que me he propuesto, enseñándoos que no está la felicidad en la satisfacción de nuestras pasiones, como lo demostró el tirano Heródes, que habiendo sido feliz en la mayor parte de su vida, llegando á ser rey, no por herencia, sino por su fortuna y con consentimiento de los romanos; desde que se puso á combatir

(1) Jerem. c. 31. v. 15, 16 et 17.

la usurpacion que temia del rey de los judíos que habia nacido, y que fueron á adorar los reyes Magos, las desgracias vinieron á su casa sin darle tregua ni descanso, como nos lo enseña la historia de Josefo, autor que tenia predileccion por este rey, y que pertenecia á los judíos que no creyeron la venida del Mesías.

Este nos cuenta muy menudamente la historia de su elevacion al reinado de Judea, pintándole como un capitan valiente, un político hábil y un hombre afortunado en cuantas empresas acometia. Él habia deshecho las intrigas de sus enemigos; les habia vencido en el campo de batalla, y habia conseguido con la amistad de los romanos elevarse al trono de Judea, cautivando el aprecio de sus gobernados con algunas acciones buenas, aunque siempre se descubriese en su carácter una tendencia á la dureza y crueldad.

Pero segun este historiador judío, y por lo tanto incrédulo de todas las cosas que dicen relacion á la ley nueva y á los dogmas de la iglesia, por los tiempos en que ocurrió la degollacion de los inocentes (cuyo suceso oculta); Heródes, de un hombre afortunado en sus empresas, de un rey que lleno de gloria adornaba con monumentos la ciudad de Jerusalem, capital de su imperio, se convirtió en un tirano, y vió en su familia introducirse los crímenes mayores que pudieran imaginarse. Sus hijos Alejandro y Aristóbulo se rebelaron contra él: su hijo Antípato formó una conjuracion para destronarle; se le prepararon venenos, y tuvo el desconsuelo de tener que vengar con la muerte de sus hijos las rebeliones que hicieron contra él.

No pararon aquí solo sus miserias: introducidas las pasiones en las personas de su familia, entraron otra clase de crímenes, cuales son todos los que provienen de las conspiraciones y de los amores incestuosos, producidos por la crápula y por los desórdenes. Él mismo estaba atormentado con muchos dolores, con una calentura muy grande y con una comezon intolerable é importuna esparcida en todo su cuerpo. El mismo historiador dice, que tenia dolores en el cuello, los piés hinchados entre cuero y carne, hinchado el vientre; se le pudrian sus partes viriles con muchos gusanos; tenia gran pena en la respiracion, y se hallaba fatigado por tantos suspiros y encogimiento de sus miembros, que los que le veían creían que era venganza de Dios.

En este estado tan miserable nunca salia de su pecho la pasion de mando y de dominacion, que le habia arrastrado á cometer el horrendo crimen de degollar á los santos Inocentes por perseguir al Hijo de Dios; porque los Magos le habian llamado rey de los judíos y venian á adorarle.

El odio de los pueblos contra él se pronunció de tal manera, que excitando su furor, dispuso encerrar los hombres principales de su reino en un hipódromo, con el objeto, segun decia, de que fuesen degollados cuando él muriese, y así llorasen por fuerza su muerte los habitantes de Judea.

Entre los tormentos causados por la muerte violenta de sus hijos, por los remordimientos de su conciencia, alterada por sus crímenes, y por los dolores de la extraña y rara enfermedad que Dios le habia mandado, pasó sus últimos dias, llegando una vez su desesperacion al punto de quererse suicidar, si uno de sus servidores no lo hubiera impedido; pero impidióselo y murió atormentado por las plagas que vinieron sobre él.

Bien merecido tuviste, Heródes, el castigo que vino sobre ti, y mayor será el que estarás sufriendo en los eternos tormentos, por haber llevado tu tiranía y tu crueldad hasta el extremo de decretar la degollacion de los niños inocentes, que tus soldados arrancaron con inaudita fiereza de los brazos de las madres de la ciudad de David, dejándolas inundadas de sangre y de desolacion.

La felicidad que tú quisiste buscar destruyendo al verdadero rey de los judíos, no vino sobre ti, como esperabas, y la rienda que diste á tus pasiones desenfrenadas fué el origen de tu desdichada vida y de tus tormentos en el mismo trono cuya integridad buscabas con tan feroces extremos.

La corona y la opulencia de tu palacio no sirvió de escudo contra las miserias que vinieron sobre ti; porque cuando el dedo de Dios señala el castigo que impone á los hombres en esta vida ó en la otra, no hay cetros ni coronas, ni ejércitos, ni pueblos que lo resistan.

En esto que sucedió á Heródes y en lo que le habrá sucedido, segun nuestras creencias evangélicas, habreis conocido, hermanos oyentes, que la felicidad no nace de la satisfaccion de las pasiones y deseos inmoderados: al contrario, cuando un deseo ó una pasion está satisfecha, nacen de ella otras y otras, que nos llevan al término fatal, á donde fué conducido el rey

Heródes, por dejarse arrebatar de la crueldad y de la ira hasta degollar á unos desvalidos inocentes.

Queda pues demostrado por este medio el segundo hecho moral que me propuse al principio de mi discurso, y solo me resta, apoyado en uno y otro, aprovecharme de la conviccion que hayan creado dentro de vosotros para exhortaros á huir de las pasiones, que nos llevan á los remordimientos, á las enfermedades y á los castigos eternos, y buscar la inocencia que conduce á la gloria de que están gozando los santos Inocentes, volviendo á su edad en la forma que aconsejaba Jesus á los apóstoles.

Para conseguirlo no tenemos mas que seguir los preceptos del Evangelio, mudar nuestras malas costumbres y adquirir la vida de inocencia que tan grata es á los ojos de Dios.

Si alguna vez flaquean nuestras fuerzas en el áspero camino de la virtud, dirijámonos á los mártires inocentes para que intercedan con Dios en nuestro favor y nos presten la fortaleza que necesitamos, aplicando por nosotros parte de los méritos que contrajeron siendo víctimas de la persecucion que se dirigia contra el Salvador del mundo. De este modo alcanzaremos tranquilidad de conciencia y verdadera felicidad en esta vida y la gloria en la otra. Amen.